

INTRODUCCIÓN

¿Puede una ciudad tan conocida como Madrid esconder todavía preguntas por responder? De las intrincadas calles de Lavapiés a las mastodónticas Cuatro Torres, de la emblemática y renovada Gran Vía a la chulapa calle de Alcalá, la capital ha sido mil veces retratada por fotógrafos, pintores, literatos, músicos e instagramers, visitada por millones de turistas españoles y extranjeros y recorrida hasta la extenuación siguiendo los consejos de guías de viaje y artículos especializados.

Pero bajo esa capa de postal y grandes avenidas hay todavía huellas escondidas o casi borradas —que no tanta gente conoce—, desde el pasado árabe que se resiste a desaparecer en muros y plazas centenarias a raíles de tranvías que recuerdan que durante más de un siglo estos vehículos ahora olvidados surcaron sus avenidas e incluso, más abajo, a los viajes del agua, las venas ocultas de la ciudad. Y quedan, además, lugares que siguen siendo casi un secreto, como el mirador escondido del Retiro, fastuosos palacios ocultos tras sobrias fachadas y terrazas desde las que contemplar las calles más emblemáticas desde las alturas.

En mis distintos paseos por la ciudad, a veces en busca de un reportaje y otras como *flâneur*, caminando sin rumbo, me han ido surgiendo preguntas de todo tipo: ¿cuál es el edificio más antiguo de Madrid? ¿Qué tiene que ver san Valentín con la capital? ¿Existe algún lugar donde se puedan comprar libros al peso? ¿Qué hay detrás de la fachada del número 13 de la calle Huertas? ¿Qué son esos raíles que permanecen en la esquina de la calle Atocha? ¿Es cierto que hay un sitio de Madrid que se parece a Moscú? ¿Dónde estuvo el primer semáforo de la ciudad? ¿Tiene Madrid un barrio chino? Este libro pretende responder a estas y muchas otras cuestiones y trazar una ruta llena de historia, curiosidades, matices y detalles por el Madrid único y sorprendente que me enamora cada día.

¿Cuándo nació Madrid?



Madrid fue fundada a mediados del siglo IX por el emir Mohamed I de Córdoba (850-886) como un pequeño asentamiento militar, y permaneció en poder musulmán dos siglos, hasta 1085. Es de hecho la única capital europea erigida por los árabes y cuyo nombre procede de aquel idioma: Maÿrīt, el vocablo original, hace referencia a «fuentes de agua», como veremos más adelante. Aquella primera fortaleza militar estaba situada más o menos en los terrenos que hoy ocupa el Palacio Real, escogidos por su buena posición defensiva —el desnivel se contempla perfectamente desde la Cuesta de la Vega— y por ser un lugar elevado desde el que se vigila una gran cantidad de terreno. Para

comprobarlo, basta con asomarse a la plaza de la Armería, la que separa el palacio de la catedral de la Almudena, y dejar que se pierda la mirada hacia el final de la Casa de Campo.

Este asentamiento contó además con una medina cuyas viviendas se aglutinaban entre calles serpenteantes y estrechas por la zona donde ahora está precisamente la catedral madrileña. Un paseo por la medina de alguna ciudad marroquí nos ayudará a hacernos una idea de cómo era aquel Maÿrīt en el que se hablaba árabe y los burros transportaban agua por sus empinadas cuestas. Según las huellas históricas y los objetos encontrados por los arqueólogos, los arrabales se

encontraban fuera del primer trazado de las murallas, alrededor de la actual iglesia de San Andrés, en La Latina.

Algunos nombres de la zona recuerdan todavía aquella época, como las cercanas plazas de la Morería o del Alamillo, cuyo nombre, según algunos estudiosos, recuerda a Al Amín, un tribunal

islámico para los moriscos que siguieron viviendo en la ciudad tras la conquista cristiana. Las excavaciones llevadas a cabo en las últimas décadas en la plaza de Oriente y en distintas calles del barrio de La Latina han sacado a la luz algunas huellas de un pasado islámico que durante muchos años ha sido muy desconocido para los madrileños.



¿Qué queda en pie del pasado islámico?



La visita a los restos del Madrid Islámico debe arrancar en el parque Mohamed I, situado en la Cuesta de la Vega. Ese recinto recibe con plantas de nombres y olores arabescos —zumaque, laurel, lavanda— y permite ver un lienzo de ciento veinte metros de muralla árabe —de más de once metros en su tramo más alto— muy bien conservado como primer paso para dejar volar la imaginación sobre cómo pudo ser la ciudad cuando era una fortaleza en la que se hablaba árabe. Un poco más arriba, en el número 5 de la Cuesta de Ramón, puede verse otro trozo del mismo lienzo de la muralla que permanece casi escondido en el acceso al garaje de un edificio de viviendas, justo debajo

del viaducto de Segovia. Cuando abra el Museo de Colecciones Reales —previsiblemente, en 2020— incorporará otro tramo de setenta metros de aquella primera muralla.

Aunque ningún cartel lo indique, si entramos al aparcamiento público de la plaza de Oriente encontraremos ahí una atalaya islámica del siglo XI que se encuentra en el primer piso subterráneo, edificada para controlar el arroyo Arenal —que circularía por lo que hoy es la calle homónima— y complementar la labor de vigilancia de la fortaleza islámica. Un poco más allá, en la plaza de Ramales, se encuentra el único silo islámico que queda a la vista; una especie

de almacén subterráneo que formaba parte de una gran red de silos en la ciudad. Hoy parece simplemente un agujero en el suelo.

Mientras, la torre de la iglesia de San Nicolás pudo ser el minarete de una antigua mezquita a la que luego se le añadió un campanario,

o bien nacer como iglesia de estilo mudéjar, si bien su esencia árabe es innegable. Por último, en el Museo de San Isidro, en la plaza de San Andrés número 2, hay una sala completa dedicada a la arqueología árabe, donde pueden verse muchos vestigios arqueológicos islámicos hallados en el corazón de la ciudad.



¿Cuándo pasó el enclave a manos de los cristianos?

3

En el siglo xi, en torno al año 1083, el rey de Castilla Alfonso VI conquistó la entonces Maÿrīt, que todavía seguía siendo una ciudadela alrededor de una fortificación militar musulmana. Durante la Edad Media la ciudad mantendría parte de su fisonomía, si bien se comenzaron a construir algunos edificios como muestra del cambio de poder.

Así, aquel Madrid medieval cristiano nos ha dejado huellas como la iglesia de San Nicolás, en la calle del mismo nombre; la casa de los Vargas, que se ha convertido en el Museo de los Orígenes de la capital, en La Latina; o la casa de Iván de Vargas, que se acabó derribando y cuyos restos — tan sólo tres escudos heráldicos— se

han incorporado a la fachada del edificio que da a la plaza del Cordón, muy cerca del antiguo Ayuntamiento.

Muy cerca, en la recoleta plaza de la Villa, pueden verse otros restos medievales: ahí permanecen la Casa y Torre de los Luján —o Lujanes—, un linaje que se estableció en la capital mediado el siglo xiv y que llegó a tener hasta cinco mayorazgos en la villa. Mientras, en la plaza de Ramales descansan los restos de la iglesia de San Juan Bautista, que ya se mencionaba en el fuero de Madrid de 1202; por desgracia, fue derribada por los franceses en 1810 y sólo quedan las huellas de sus muros bajo una cubierta de metacrilato, además

de unas líneas que recuerdan su trazado. Un monolito destaca que allí estuvo enterrado el genial pintor Diego Velázquez, cuyos restos se perdieron junto con el templo. De aquella época también nos han llegados las iglesias de San Nicolás de Bari y San Pedro el Viejo.

De la frontera entre la Edad Media y el Renacimiento nos ha quedado el palacio de los Vargas, en la plaza de la Paja; y la contigua capilla del

Obispo, oficialmente capilla de Nuestra Señora, Monumento Nacional desde 1931. En este templo, poco visitado, permanecen un retablo estucado y policromado obra de Francisco Giralte, discípulo de Berruguete, y los sorprendentes cenotafios de los Vargas, en honor de don Francisco de Vargas, doña Inés de Carvajal y don Gutierre de Vargas. Estos tres tesoros ocultos están tallados con maestría por el propio Giralte en delicado alabastro blanco.

